

QUIPU

VIRTUAL



BOLETÍN DE CULTURA PERUANA - MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES - N° 53 4/6/2021

PALAO BERASTAIN EL ARTE DE LA PINTURA



LA PINTURA DE LUIS PALAO BERASTAIN

ALONSO RUIZ ROSAS

Desde mediados de la década de 1960, Luis Palao Berastain (Arequipa, 1943) ha ocupado un lugar de excepción entre los representantes de la pintura figurativa en el Perú. Al lado de unos pocos artistas, optó en esos años por desplegar su talento, ahondando en el desarrollo de temas y procedimientos técnicos, manidos en apariencia pero cargados de sentido. Su apuesta ofrece la imagen de una época en buena parte ya desvanecida, pero que en su mirada parece resistir el paso del tiempo.

Soplaban entonces en la capital peruana los vientos de la abstracción y había también unas pocas muestras de surrealismo tardío, expresionismo social y aproximaciones dispares en torno al pop y a lo objetual y conceptual, con sus hallazgos, humoradas y conocidos disforzas. Las tendencias que atraían a los principales artistas nacidos o establecidos en la Lima de la época, cuyos centros



Arriba: *Trilla*, óleo. Abajo: *El fotógrafo*, y, a la derecha: *Autorretrato*, acuarelas

de formación eran la Escuela Nacional Superior de Bellas Artes (1918) y la Escuelas de Arte de la Universidad Católica (1939), diferían de la búsqueda de los pintores de Arequipa, aferrados con tenacidad a la tradición figurativa. El calificativo de *provinciano* que solía endilgárseles era, a todas luces, superfluo y aparte de olvidar que en otros sofisticados lugares se cultivaba también la pintura figurativa y aún el más detallado realismo- rehuía abordar la complejidad de su particular desarrollo.

Conviene, tal vez, echarle una rápida mirada a ese proceso. A diferencia de la arquitectura, durante el período virreinal la pintura no tuvo en Arequipa un desarrollo comparable al de Cuzco, Lima o Quito, aunque hubo algunos artistas cuya obra está todavía por estudiarse. Los terremotos y el incendio de la catedral (en 1844) debieron acabar con muchas de las obras que conservaba la ciudad, y recién en la segunda mitad del siglo XIX, en paralelo a la irrupción de la fotografía, empezó a recobrase el interés por la pintura. Precisamente en 1855, vuelve por un tiempo a la ciudad, donde había pasado parte de su infancia, el pintor Francisco Laso (1823-1869), tras residir en París, Venecia y Roma. Se atribuye también a Fernando Zeballos (1840-1900), quien habría tratado a Mariano Fortuny en su periplo europeo, la introducción de la acuarela en Arequipa. La técnica -favorecida por la luminosidad del medio, la sequedad del clima y su bajo costo- prendió rápidamente y ya en las primeras décadas del siglo XX empezó a tener notables cultores. En 1890, José Álvarez, seguidor

de Zeballos, inició en el Centro Artístico la enseñanza básica de las técnicas pictóricas. El progreso de la fotografía en la ciudad no compitió con la pintura figurativa: podría incluso decirse que la complementó. Baste señalar, por ejemplo, que el fotógrafo Max T. Vargas fue padre de Alberto Vargas, creador de las *Varga(s) girls*, y



que en el estudio fotográfico Vargas Hermanos hubo una pequeña galería, donde exhibían sus obras los pintores locales, autodidactas al menos hasta la década de 1950, cuando se creó la Escuela Regional de Bellas Artes «Carlos Baca Flor».

Descontando la pintura de corte religioso y el retrato de figuras encumbradas, característicos del período virreinal, el arte peruano del siglo XIX y de inicios del siglo XX tuvo que comprimir en décadas lo que había tardado siglos en ser formulado y transformado por el arte europeo. El romanticismo decimonónico fue más un temperamento que una escuela: pasó de la pintura solemne de carácter histórico al vigor o la languidez de los retratos, el costumbrismo y el abanico del paisaje, y fue alentando nuevas miradas sobre lo indígena y lo popular, que tendría su apogeo, precisamente, en el indigenismo. Encabezado por el cajamarquino José Sabogal, este movimiento nació con la vanguardia y fue, también, nuestro primer expresionismo. En Arequipa, salvo el caso de Manuel Domingo Pantigoso, pronto establecido en Lima, los pintores se interesaron por el indigenismo y los temas locales, pero prefirieron buscar expresiones propias más apegadas a la figuración clásica, en pequeño formato y con predominio de la acuarela. De allí la obra de artistas como Jorge Vinatea Reynoso, Víctor Martínez Málaga, Teodoro Núñez Ureta (notable muralista, además) y su hermano Alejandro, quienes marcaron un camino por el que, a su manera, transitaban a partir de los años sesenta artistas como Luis Palao Berastain,



Acuarelas: Retrato. Descanso. En la trilla. Procesión en Paucartambo. Don Felix Quispe Churapa, violinista

Mauro Castillo, Víctor Turpo, Germán Alarcón *Kinkulla* o José Ricketts y, en las décadas siguientes, con sus diversos aportes, otros creadores.

Hijo de Mariano Palao Villegas, un conocido médico arequipeño, y de Rosa Berastain Berastain, una enfermera nacida en Huacho, al norte de Lima, Luis Enrique Graciano Palao Berastain pasó su infancia y adolescencia en Arequipa, en un hogar de nueve hermanos, e hizo sus estudios escolares en los colegios de La Salle y la Independencia, donde dio tempranas muestras de una asombrosa facilidad para el dibujo. La familia vivía entonces en el número 417 de la calle Saénz Peña, en el barrio de Miraflores, en cuyas inmediaciones residían también conocidos artistas locales. Luego, como muchos jóvenes que veían en la Argentina una suerte de Europa a la mano, viajó a la ciudad de La Plata, en cuya universidad cursó cuatro años de arquitectura. Pudo más, sin embargo, la vocación por el arte, y Palao Berastain dejó, finalmente, esos estudios, para dedicarse íntegramente a la pintura, sometiéndose solo a su propio aprendizaje y disciplina. En 1965, el artista hizo una primera muestra en la Municipalidad de Salto, en la provincia de Buenos Aires. Expuso después en La Plata y Jujuy, alternó con algunos artistas y, en 1966 volvió a Arequipa, donde empezó a mostrar su trabajo en unas pocas galerías y a ser reconocido como un auténtico artista, una de cuyas obras -un óleo sombrío, de gran formato y turbadora intensidad, llamado *El canto de Jacinto Cusicuna*- había ganado el premio municipal de pintura.

A tono con la época, Palao Berastain abrazó las formas del *hippismo* y se convirtió en un viajero impenitente, que recorría la campiña y se internaba por el Altiplano y los valles y pueblos de la región, con su barba y melena whitmaniana, indumentaria de cuero y *corduroy*, sombrero y botas polvorientas y un morral recargado. El artista parecía venido de otro país y aún de otro tiempo, y solía ser visto con recelo por quienes percibían a su paso la emanación de una libérrima actitud, que removía usos, abusos y costumbres. Él, desde luego, no hacía concesiones ni se amilanaba: incisivo y aun excesivo en el flujo y reflujo de las mareas verbales, guardaba para su arte lo mejor de su espíritu y mantenía allí el registro de rostros, escenas y paisajes, que, si cruzaban sus retinas con la carga emotiva necesaria, afloraban luego en el ágil movimiento de la mano sosteniendo el lápiz o el pincel.

Palao Berastain ha dicho muchas veces que su obra es su «diario» y se ha definido como un vagabundo, partidario de esquivar los vértigos urbanos para detenerse en la quietud aparente del espacio rural y sus poblado-

res, donde podía aprehender (uno de sus verbos preferidos) lo esencial de lo humano, en comunión con el paisaje y las tradiciones ancestrales. El artista ha evocado la generosidad de otros pintores -como Guillermo Mansilla Canessa- que, de joven, le dieron materiales y consejos, cuando volvía a dejar Arequipa para establecerse en los bucólicos pueblos de los Andes. Mientras su obra empezaba a ser expuesta en algunas galerías limeñas y a ser apreciada en crecientes y diferentes círculos, Palao Berastain se estableció en Chinchero y, años más tarde, en Calca, en el Valle Sangrado. Experto en canaricultura, tenía allí, en su casa taller, verdaderas orquestas de canarios enjaulados y proseguía con su bitácora trasahumante, acumulando lienzos y numerosas carpetas de acuarelas, y sumido él mismo en un escenario claramente pictórico, en la clásica acepción del término.

En su largo recorrido, el artista ha sabido revelar la belleza de esta parte del mundo, hurgando también en laceraciones y pobreza, pero sin olvidarse de dignificar a los protagonistas de su vasta y variada obra. Nadie ha pintado como él a tantos pobladores de estos pueblos, rescatando la plenitud de su individualidad. Es evidente que solo ha registrado lo que ha querido, es decir, lo que le ha tocado alguna fibra íntima. Su perspicacia para captar el gesto decisivo del retratado, sea persona o grupo, o incluso paisaje o perspectiva callejera, ha sido correspondida con el justo equilibrio de un consumado oficio de dibujante y colorista. Sombras, contornos sugeridos o simbólicos, vacíos deliberados, oportunas acentuaciones o sobrecargas de color en algunos ángulos, le han permitido alcanzar una expresión inconfundible, en la que se advierte una recurrente sensación de melancólico ensueño.

Como el estadounidense Andrew Wyeth -un pintor cuya obra conoce- Palao Berastain usa con precisión el pincel seco en el papel de grano grueso, aunque, cuando conviene, deja fluir la aguada sobre la superficie, o revela en los matizados contrastes del carboncillo la sensualidad o el abatimiento del cuerpo. Memorables son también los retratos que ha hecho de sus otros afectos: parientes, amores, amigos, a veces con reflejos de caricaturista, pero siempre trasuntando una proximidad enternecedora, para no mencionar su larga serie de autorretratos, que parecen evocar a un Rembrandt de la acuarela afincado en los parajes andinos. Una obra, en suma, excepcional, que si alguien reuniera para una exposición retrospectiva comprobaría que merece la permanencia de un museo verdadero.

En la portada: *Américo, el retratista del Cuzco*, acuarela.



El guitarrista Ricardo Villanueva

FESTIVAL INTERNACIONAL DE GUITARRA

Entre los diversos instrumentos que llegaron de España al Perú, a partir de la tercera década del siglo XVI, la guitarra, llamada también vihuela en aquellos tiempos, tuvo particular y fecundo arraigo. El instrumento ha experimentado desde entonces algunas modificaciones, pero ha mantenido una continuidad central y ha ido nutriendo las principales expresiones de la música andina, criolla, afroperuana, las nuevas modulaciones de los cantautores contemporáneos y, por supuesto, los repertorios de sofisticados concertistas de diferentes épocas y estilos.

Se dice que el primer vihuelista registrado en Lima fue el portugués Francisco Lobato y López, quien arribó a la recién proclamada capital del Virreinato del Perú, en 1543. Poco después llegó el aragonés Francisco Marcián Diáñez y empezaron a constituirse unas incipientes capillas musicales, tanto con fines sacros como festivos. En el testamento del curaca de Chicama, Alonso de Mora Cahuamán (1598), figuran, por ejemplo, dos vihuelas grandes de Castilla, y en su prolijo registro ilustrado del Perú de su época, el propio Guaman Poma dibujó a un intérprete rasgando la vihuela. A fines del siglo siguiente, aparecen también los guitarristas en algunas de las acuarelas que mandó pintar el obispo Martínez Compañón. Se multiplicaron luego los yaravíes acompañados de guitarras, los bailes populares como la zamacueca al ritmo de las cuerdas y así, entre conciertos, saraos y jaranas de rompe y raja, hasta llegar al presente.



Consciente de esa tradición, el Instituto Cultural Peruano Norteamericano creó hace largos años el Festival Internacional de Guitarra, que se lleva a cabo en Lima y figura entre los más longevos de la región latinoamericana. Su edición número 32 se realizó en los últimos días del pasado mayo y, dadas las circunstancias, optó por el formato virtual. Entre los músicos invitados estuvieron la concertista mexicana Alejandra Moreno, el italiano Edoardo Catemario, el argentino Osvaldo Burucúa y el brasileño Ricardo Pauletti.

Por el Perú, participó el conocido intérprete Ricardo Villanueva, quien fuera alumno del recordado guitarrista ayacuchano Raúl García Zárate. Villanueva estudió en el Conservatorio Nacional de Música y fue más tarde becado por la Fundación Carolina para realizar estudios de posgrado en Madrid. Ha ofrecido conciertos y clases maestras en diversos países de América y Europa y ha participado en numerosos festivales internacionales de guitarra. Como solista, tiene publicados los álbumes *Chayraq* (2008) y *Fiesta en los Andes* (2013). Es, además, autor del estudio *Guitarra andina del Perú* (2017).

<https://www.youtube.com/watch?v=SrB6-YPJiMY>

AGENDA



MILUSKA BENAVIDES, PROMESA Y REALIDAD

Desde 1993, la revista británica de literatura *Granta* hace, con las pausas debidas, una selección de los autores que considera relevantes en cada nueva generación. La puntería en esta suerte de unción literaria a escritores emergentes menores de 35 años, le permitió en sus inicios y en su lengua consignar nombres tan significativos como los de Kazuo Ishiguro, Martín Amis o Julian Barnes. En 2003, apareció el brazo hispano de la revista: *Granta en español* y, en 2010, dio a conocer su primera lista de promesas literarias de nuestra lengua en pleno despegue, incluyendo a dos peruanos: Santiago Roncagliolo y Carlos Yshimito del Valle. Una década después, ha vuelto a la carga y en la nómina de sus elegidos figura la escritora y traductora Miluska Benavides (Lima, 1986). Como traductora, Miluska Benavides abordó un desafío mayor: tradujo, de Rimbaud *Una temporada en el infierno* (Ica, Biblioteca Abraham Valdelomar, 2012). Como narradora, publicó en 2015, *La caza espiritual*, en edición no venal del sello Celacanto. Se trata de un libro de relatos presentado con discreta elegancia y celebrado por su impecable consistencia. La autora hizo un doctorado en la Universidad de Boulder, Colorado; enseña traducción en la Universidad Peruana de Ciencias Aplicadas, en Lima, y prepara una novela, *Hechos*, esperada con ansiedad por sus lectores y de la que *Granta en español* ha publicado también un adelanto.



MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES

DIRECCIÓN GENERAL PARA ASUNTOS CULTURALES



CENTRO CULTURAL
INCA GARCILASO
Ministerio de Relaciones Exteriores
del Perú

Jr. Ucayali 391, Lima 1, Perú
quipuvirtual@rree.gob.pe

www.ccincagarcilaso.gob.pe